

INTERROGANTES

“El inspector no era el mejor en lo suyo porque conociese todas las respuestas, sino porque sabía las preguntas que debía formular”. ¿ANÓNIMO?

Leí hace mucho una novela inconclusa (sí, inconclusa) que comenzaba así.

Llevo muchos años gozando de Pilar Teatre, y al disfrutar del visionado de su última producción (de sugerente e impreciso título) recordé la cita del encabezamiento. Es uno de los rasgos definitorios de esta institución (sí, dije institución) de solera y presencia eterna (para mí siempre ha estado ahí): su inmenso poder de evocación. Personal y anual ejercicio de reflexión existencial para quienes vamos un poco más allá de un poupurri de hilarantes gags, de viajes en el tiempo y la imaginación, de demostrativas comparativas generacionales, de juegos escénicos salticados en los pasillos laterales, de geniales interpretaciones seniles, de juegos de palabras y chascarrillos temporales, de maridajes audiovisuales y tramollísticos, de voluntariosas coreografías sincronizadas,..., y pensamos en el mensaje. En ese críptico mensaje que en esta ocasión era tan incierto como dual.

Que acaso de eso iba esta propuesta teatral, de poner el punto sobre la interrogación, o bajo ella (mucho más..., ¿anglosajón/global?), de cómo decidimos, de cómo elegimos, de cómo con un maniqueísmo aprendido dicotomizamos nuestra cosmovisión como si una moneda rigiera nuestros designios, una moneda con la cara naranja, o una moneda con la cruz azul, que hasta en esa dualidad crómica son originales.

Y supongo que para el espectador novel bastaba con admirar la metamorfosis de este o aquel alumno/compañero/familiar/actor, de quien no podíamos esperar tanto desparpajo, tanta gracia, tanta coordinación, tanta implicación, tal sentimiento de pertenecer a un algo indefinible pero inolvidable, tanta responsabilidad en su tono, en su acento, en su gesto, en ese ademán tan medido, en esa cháchara a dúo compartida con un público expectante, en ese saberse protagonista estelar con esos deliciosos quince warholianos minutos...

Tal vez alguno más sesudo caerá en la cuenta de la empática compenetración actoral; del saberse regidos (curiosamente sin regidor) por un peso indefinible (el miedo al fracaso, la responsabilidad de no fallar al colectivo) que podría llevar al traste todo el tinglado (imposible encontrar mejor ejemplo de trabajo cooperativo/proyecto educativo); del sazonar con medida proporción la ensalada de gags en una idea troncal sin desvariar, pero con variedad; del integrar a quienes viven frecuentemente desintegrados, alumnos alternativos, tal vez perdidos, quizás creyéndose peor de lo que realmente son, o diferentes, como si ser diferente de la mayoría fuera un estigma tóxico, y hacerles partícipes de una sana hogaza de pan integral, fuesen levadura, masa o agua,... Tal vez, digo, alguno habrá percibido que tras una incertidumbre teatral existe una certidumbre existencial. Que el teatro le ha permitido, por una vez, saberse útil, desenfadado, libre, esencial, importante.

Y en un tercer nivel, habrá quienes detecten una profunda reflexión sobre los sagaces mecanismos de implicación de terceros, el público, simulando un ejercicio democrático de interacción casual que se torna causal, habrá quienes admiren la gestión de recursos humanos, integrando en el equipo a los subgrupos, galvanizando egos, atribuyendo (¿descubriendo?) cualidades a los alumnos/actores que quizás ni ellos mismos sabían que tenían, habrá quienes celebren la acertada mezcla de las bandas sonoras, entre picotazos contemporáneos y tarareos poco disimulados del colofón greaseáceo, habrá quienes reflexionen sobre el guante arrojado al respetable, ese acentuar lo importante que es educar en la toma de decisiones, en el vivir activamente como pacíficos salvajes más que como pacificados borregos sin criterio, habrá quienes vean los entremeses videograbados como recursos oportunos perfectamente orientados a hacer del teatro un ejercicio de participación colegial y de aliento afortunado al bombardeo escénico, habrá quienes gozarán con ese final nadado y sincronizado, no tanto por su olímpica ejecución, sino por la ternura de cumplir un deseo imposible, que a lo mejor ese sea el mayor milagro al que todos deberíamos aspirar: hacer realidad los sueños de los niños... Snif.

En este mundo que vivimos, este donde las certezas googleadas las portamos en la mano, este donde legiones de sabios tertulianos responden aun sin haber sido preguntados, este donde las inteligencias artificiales nos alimentan con respuestas impecables, este donde somos respondones porque nuestro sistema educativo nos ha instruido sólo para responder, este donde afianzamos nuestro ego por sabernos duchos en el arte de dar la respuesta más precisa (como si el mundo fuese preciso) a la pregunta más previsible, en este, digo, quizás la auténtica sabiduría no se asienta en respuestas correctas sino en preguntas ingeniosas.

Que, bueno, si lo realmente difícil es eso, si la ciencia, el progreso, la tecnología, no va de responder (eso es lo fácil) sino de preguntar (eso es lo genial), si el inspector de mi novela inconclusa era un fenómeno, no en conocer las respuestas sino de saber qué preguntas formular, si eso es así, ¿cuál es la pregunta a formular en este caso?

Acaso sea... ¿qué es educar?

La respuesta es tan obvia y fresca...: la acabo de disfrutar en estas dos últimas horas. Lo he visto en un escenario...

No me quedan más interrogantes. Sólo,..., bueno, sólo el “rogante”: seguid educando con el teatro. En el teatro.

Un incondicional de Pilar Teatre.